

Y

3011

1887

LOS CAPUCHINOS DEL CARONI

LEYENDA HISTÓRICO-BURLESCA

POR

ANTONIO JOSÉ RESTREPO

1887

MEDELLIN

IMPRESA DE "EL ESPECTADOR"

DIRECTOR, FIDEL CANO

FOR CAPTION: THE CAROL

LEANDA HISTORICO-BIBLIOTEC

1881

UNIVERSIDAD

ANTONIO JOSÉ DE SÁNCHEZ

EXAMEN

1881

Area de Patrimonio Documental

DEPARTAMENTO

DE HISTORIA Y GEOGRAFÍA

DE LA UNIVERSIDAD

LOS CAPUCHINOS DEL CARONI

LEYENDA HISTÓRICO-BURLESCA

POR

ANTONIO J. RESTREPO

1887

MEDELLÍN

Imprenta de **EL ESPECTADOR**

DIRECTOR, FIDEL CANO

De

Artemio Agudelo

Vii affinis

UNIVERSIDAD

A. J. Restrepo

EAFFIT



Sala de Patrimonio Documental

F/3011

1887

A N T E S



Leyendo la bombástica apología que hace D. Felipe Larrazábal de la vida y obras del General Bolívar, caí en la cuenta de lo mucho que se afana el prosador caraqueño en defender al héroe colombiano de haber medido la hoz suya en la mies de veintidós catalanes, por allá en los tiempos de la reconquista, cuando tuvimos la fortuna los caribes americanos de arrojar el equívoco embozo de la bandera española. Ese ridículo afán y la prueba siniestra episcopal en que se funda el biógrafo para absolver á D. Simón, me pusieron en el brete de escribir una leyenda histórica, que también es burlesca porque habiendo frailes en el asunto.... "lo raro fuera que no", como dijo un poeta memorioso.

Esta leyenda no es mala, pues que en ella se guarda fiel la tradición histórica y yo he procurado hablar español y acompañarme como para andar entre ladrones, esto es, con gente buena y experta: Teófilo Folen-go, Francisco Rabelais y Francisco de Quevedo son hombres que hoy en día pagarían en moneda de 0,900, ó que siquiera pagarían; ellos me han servido de lana y de aguja, el anjeo es la capuchinada (no debe leerse cochmada) de los llanos del Caroní.

Suplico á mis amigos que me lean que no vayan á creer por un momento que yo deje el ínfimo oficio que tengo por meterme á *leyendero*; antes diera con mi musa y con mi prosa en la última trastienda de la última parroquia, como último memorialista: yo no aumentaré el número de palurdos que sin talento, ni gracia, ni sal bautismal, pretenden seguir los pasos del insigne escritor y poeta peruano Ricardo Palma. La gloria para

él, la risa y la caritativa lástima para sus ineptísimos payasos. . . .

También suplico á los insensatos, creyentes que llaman los clérigos, que no lean este cuaderno, no vaya á producirles el malísimo efecto que siempre les produce la lectura de algo que no acaba en la firma de un zoquete con una mala cruz á un lado, ó con las espe-luznantes S. I. Ese efecto es el de querer meter ó que otros metan á la cárcel al autor del escrito repudiado; y como ahora esos insensatos creen que meter á la cárcel es como soplar y hacer botellas, (creencia tal vez puesta en razón), tengo especial interés en que las manos de éstos no me toquen ni aun con los ojos leyendo el impreso que el cajista compuso con un original por donde pasó la mía.

Descartados, pues, los santurrones sin santidad, tócame decir una palabra á mis amigos impresores de Bogotá que no quisieron imprimirme de puro miedo y por singular agachamiento. No ES VERDAD que los frailes y la religión estén ahora convirtiéndose en cosa sagrada por artes del Gobierno. La Constitución habla claro á ese respecto, y el Dr. Núñez — que es quien manda — ha dicho claro y muy claro, que con esos sujetos no se ha hecho otra cosa que tener piedad, la piedad suprema de Víctor Hugo. Todo el partido liberal y una gran parte, la parte inteligente, del partido conservador, son religiosos, tolerantes, civilizados, ciudadanos, urbanos; y toda esa fuerza comprime serena la nociva expansión frailesca. Si en estos momentos el humo de la pólvora que ayer no más se quemó no deja ver claro, pronto, muy pronto se disipará la dulce ilusión de los agraciados y la infundada creencia de los temerosos. El elemento bárbaro está ya juzgado en Colombia y llevará su merecido: si ahora hace añagazas y visos es porque en la lucha por la vida ningún organismo se trasforma antes de haber hecho la última evolución vital; el pez que se retuerce y brilla en las arenas está vivo, pero ya no tiene vida. . . .

Por lo demás, quiero consignar aquí mi gratitud á la imprenta de *El Espectador*, que publica mi leyenda, y especialmente al Sr. Cano — Director — que ha corrido bondadosamente con los cuidados de la publicación.

Titiribí, Marzo 15 de 1887.

A. J. R.

UNIVERSIDAD
EAFFIT[®]

Sala de Patrimonio Documental

UNIVERSIDAD
EAFIT®

Sala de Patrimonio Documental

LOS CAPUCHINOS DEL CARONI

De tal manera estaban disciplinados dentro de esos frailes los movimientos y propensiones de nuestra mísera naturaleza humana, que era edificante ver cómo la lujuria no levantaba la voz hasta que la gula se diese por satisfecha, y la pereza no daba señales de vida mientras le correspondía á la codicia impulsar el ánimo.

ROBERTO ROBERT, *Los cachitaches de antaño.*

“Ahora que los cantos gallan”, y ya que tanto bendito de Dios se ha dado á la inocente labor de hacer de la historia crónicas y de los hechos consejas, quiero decir, ahora que tanto abundan los escritores de *leyendas históricas*, me vengo yo con mis once de oveja á contarles á mis lectores una de tantas, á las mil y quinientas, en que se verán cosas tan dignas de atención como risibles, y tan históricas como el sombrero de Bolívar, el pitillo de Franklin y la carabina de Ambrosio.

A los hechos me remito.

Mala era la sopa y peores las lechugas de las eras en el fértil principado de Cataluña á fines del siglo pasado. Por esa que fué razón de tomo y lomo resolvieron dejar su ingrata

patria y buscar mejor acomodo unos veintidós súbditos de Carlos III, que vestían el hábito de nuestro padre San Francisco, y á quienes por llevar los pies descalzos y traer la barba larga y otras señales exteriores, llamaban capuchinos los hijos de las Españas. Provistos de las licencias necesarias, con ánimo de reducir infieles, á la fe del Salvador, y sin *ánimus revertendi*, se vinieron á un rincón de la Capitanía general de Venezuela, en esta América, en donde en santa paz de Dios y ayudados de los arcabuces de sus paisanos, establecieron una misión, que se llamó del Caroní, en el riñón de la Guayana.

Reconocida sin contradicción la benéfica influencia de las misiones catequistas, y mereciendo universal aplauso todo esfuerzo legítimo para conservar la vida y mejorar de fortuna, excusado sería cualquier razonamiento para justificar la conducta de nuestros capuchinos, y rastrera mezquindad no aplaudir con una doble batería su cristiana resolución.

No por andar descalzos y traer la barba larga eran unos boquirrubios los padres catalanes para eso de saber dónde eran los indios más infieles al Dios verdadero, y dónde los terrenos más feraces y más opulentas las cosechas. El valle de Caroní presentaba esas condiciones elevadas á la quinta potencia, co-

mo luégo veremos. Allí sentaron sus reales, allí clavaron su cruz y se dispusieron á llevar á remate sus intentos. Con los blandos y paternales medios que la religión y la conquista pusieron en sus manos, inducían suavemente á los retrecheros aborígenes á dejar las viejas supersticiones para seguir las nuevas.... santas enseñanzas; y por los métodos no menos ingeniosos de hacer trabajar á los demás en provecho propio, y sembrar y ver llover, iban convirtiendo en trigo la zizaña, las cañas en azúcar, los toros bravíos en bueyes y los bueyes en cecina. Es fama, además, que con maña sacaban cimarrones del monte.

En dimes y diretes con los indios y en dares y tomares con sus bienes, dejaban correr los años aquellos santos misioneros sin poner oído á los sucesos terribles, á las guerras y terremotos que tenían lugar no lejos de la misión á ellos por nuestro Señor encomendada. La felicidad suele llevar consigo un cierto olvido, una agradable sensación de egoísmo por todo aquello que no la perturba de un modo inmediato, máxime cuando esa felicidad no es la nuestra propia—que entonces se confunde con el indigno utilitarismo—sino la de nuestros semejantes salvajes, que suelen, para más probarnos ante el Altísimo, volvernos agasajos con patadas. . . . Alelados, que no dormidos, dejaron pasar á mejor vida al siglo XVIII,

que les vió nacer, sin darle en despedida ni un responso. El siglo XIX y sus borrascas alelados les vieron en aquellos llanos, haciendo la felicidad de sus moradores en el tiempo, y la bienaventuranza de los mismos en la eternidad. En esa dulcedumbre del deber cumplido los hubiera encontrado el juicio final, si no da la desgracia de que al diablo se le antojara tirar de la manta. . . . y el diablo tiró.

El día 17 de Febrero del año del señor de 1817, el General republicano Manuel Piar, hombre malo si los hubo, en sentir de los franciscanos descalzos, llegó á la villa de Upata, metrópoli de la misión (que las misiones también tienen metrópolis), y al grito satánico de *¡muera el Rey!* no dejó libre á rey ni roque de entre la respetable hermandad de la capucha. El hermoso convento de Caruache fué el lugar escogido para que se entretuviesen á la sombra los veintidós misioneros que gobernaban en el nombre del Dios de los ejércitos y de D. Fernando VII aquellas tribus cuasi trogloditas. . . .

No me detendré á pintar la cínica osadía de Piar, su sacrílega insolencia ni la magnitud de su atentado. Quiero sí hacer resaltar la infamia de aquellos torpes indios guayanenses, su ingratitud inaudita, su proclive naturaleza. Apenas Piar, al grito sonoro de *¡liber-*

¡ad ó muerte! invadió los llanos del Caroní, aprisionó á los frailes y apellidó república, los tales se le presentaron á engrosar su ejército, y á servir de carceleros á sus padres. . . . espirituales. Dice un cronista que daba gusto ver á esos bárbaros asirse á las banderas tricolores y besarlas con más unción de la que solían gastar para lamer la sotana de los capuchinos; y añade un historiador: “Los indios, que odiaban de muerte (sic) á aquellos padres, apoyaron el partido de los independientes y aun se alistaron en nuestras filas.” *

Cosa de poco momento les parecía á los dignos misioneros aquella invasión diabólica y aquella su prisión inesperada. Mas no lo quiso así su buena estrella. El General Piar, empeñado en una guerra á muerte con los compatriotas de los fratres, en la imperiosa necesidad de refocilar su ejército hambreado y perseguido, tuvo el mal gusto de creer que aquellas llanuras verdiazules, aquellas dehesas rebosantes de caballerías y novillos, aquel pedazo de *paradisso in terra* que se habían fabricado allí los misioneros catalanes, era lugar resguardado y propicio para su desmantelada tropa, y arsenal abundante á las necesidades de su injusta causa. Sin duda que hizo mal el desatentado caudillo, pero ello es que “cono-

* Larrazábal, *Vida de Bolívar*, T. I. p. 469.

ciendo más cada día la importancia del territorio del Caroní, almacén y granero de las provisiones necesarias, se resolvió á conservarlo á todo trance." (ídem.)

Ya habían dejado de brincar de alegres los indios malnacidos; ya los soldados de Piar no tiritaban de frío ni bostezaban de hambre; ya los capuchinos iban amarillando á la sombra, cuando se le metió en la cabeza al Brigadier D. Miguel de Latorre, Jefe de las fuerzas españolas, venir á disputarle á Piar los ganados de los llanos y la suculenta volatería del convento de Caruache. Caprichos de españoles!... Piar, que digan lo que quieran los historiadores peninsulares, era muy devoto de la orden (descalza) de San Francisco, y sabía que Latorre era medio hereje y medio masón, se preparó á defender el territorio providencial. Rezando quedaron los capuchinos por el buen éxito del celoso guardián, mientras él, trasladándose á San Félix, dió allí tal batalla que no quedó ni remota duda de que el Espíritu Santo andaba á su lado, pues la causa del rey católico de derecho divino llevó tamaña derrota como un templo. Más de 500 realistas muertos, 300 prisioneros, inclusive 75 jefes y oficiales y el gobernador Ceruti. Latorre se escapó aquel día porque montaba un bayo no soñado mejor para esos percances. "Piar, dejándose arrastrar por la irritación vengativa

de que estaban poseídos entonces patriotas y españoles, mandó matar los 300 prisioneros europeos, no perdonando sino á los criollos." (ídem).

En tales entretenimientos andaba el General Piar, cuando llegó Bolívar, con unos cuatro patriotas, á refugiarse en aquellos llanos providenciales (me gusta la palabra) y en aquel campamento vencedor. Por de contado que tomó el mando en jefe y echó dos ó más proclamas: notemos esto para despejar incógnitas y aclarar responsabilidades.

Bolívar, que no daba oídos á la molicie, resolvió abandonar aquella Capua y salir en busca de Morillo y sus secuaces. Pero á las rápidas marchas y contramarchas, sitios, cercos y emboscadas de las fuerzas patriotas, se oponían con una tenacidad inaguantable los veintidós de marras; no que ellos tuvieran voto en las deliberaciones ni fueran consejeros del Libertador, sino que aquellas moles de manteca y bodrio no podían moverse con la presteza que las circunstancias exigían. El que más se preocupaba con la terca oposición de los curianas era el Jefe del Estado Mayor, General Carlos Soubllette, quien como piadoso cristiano que era y "en aquella situación tan erizada de peligros, resolvió hacer trasladar todos los capuchinos supervigilados en

Caruache á un pueblo interior de las misiones, llamado la Divina Pastora." (ídem).

No se necesita mucho ingenio para comprender cuánto amaba el buen Soublette á los reverendos capuchinos, sin duda en recompensa de lo que éstos se hacían amar de los indios; y de ningún modo mejor podía él probarles ese amor tan puro como dando orden de que los acarreasen á la Divina Pastora. La intención se ve clara como un espejuelo; si por desgracia los resultados fueren desastrosos, culpa será de Béntham, no de Soublette....

Sabedores los frailes de que iban á ser enviados al lugar de miríficas delicias que habían sabido prepararse en toda una vida de consagración, ahorro y vigilancia, al asilo feliz de sus inocentes amores, al verjel encantador de su esperanza, á la Divina Pastora, en fin, resolvieron despedirse del maldito convento de Caruache echando la casa por la ventana, esto es, haciendo una de las suyas, un fandango en que la grosura diera al gajnate. Hablaron de este proyecto á los indios que los custodiaban, y éstos, que sabían cuán fuertes eran los benditos en el arte culinario (¡por experiencia propia!), y deseando echar con ellos, en esta vez, un atracón de resonancia antes de partir, les prometieron su pequeño

contingente: vista gorda y orejas de mercader mientras sus paternidades se daban trazas de prevenir el hartazgo. . . .

Dirigía las operaciones de la misión el respetable Fray Tejuelo Gandull, de la más pura cepa catalana, y devotísimo sujeto. Un cronista de la época (*) habla de él en los siguientes honrosos términos:

“Este (Fray Gandull) se vanagloriaba de no saber ni el arte ni la regla de su orden, y lo mostraba con sus hechos. A las veces oficiaba en la iglesia de Upata, la cual más parecía una taberna que otra cosa, atento el mal estado en que se hallaba: las paredes cubiertas de letreros y de figuras obscenas, recordaban aquello tan sabido: la muralla es papel de la canalla. Trascendía en el interior un olor insoportable, de no limpia procedencia, y guardaban la entrada unos cuantos de esos enemigos del olfato que el vulgo apellida lombardas. No puedo saber (continúa el cronista) cuál fué el simple obispo que le dió licencia de decir la misa. Entre las muchas virtudes que adornaban al prior Gandull tenía la de ser más sabio que ningún carnero. Muchos años pasó yendo á la escuela de Pedralbes sin lograr aprender una letra, hasta que fué preciso enviar este alcornocillo á la ciudad de Barcelona para que allí le enseñaran el abecedario por esta chus-

* Merlino Cocayo, *Historias macarrónicas*.

ca manera. La primera letra del alfabeto es *A*. Esta, como capitana de las otras, le fué enseñada bajo la representación de un compás ó de una escuadra, de que se sirven los carpinteros, los filósofos y los astrólogos cuando quieren tirar líneas en redondo, á lo largo ó al través, con las cuales se forman todas las figuras. De este modo supo distinguir la primera letra; pero no podía pronunciarla y fué preciso darle un burro por preceptor, el cual á fuerza de rebuznar *a a, a a* se la enseñó debidamente. La letra que sigue es la *B*, que él aprendió sin ningún trabajo por lo parecida que es á la prisión llamada grillos, que ponen á los ladrones, asesinos y bandidos que llevan á las cárceles, y él había estado preso alguna vez por cierta fechoría en que mediaron faldas que no eran del Montserrat. Para que la pronunciara bien le forzaban á fingir el balido de un carnero, *bee bee*. En cuanto á la *C*, la aprendió contemplando el asa de un caldero, que él conocía muy bien por haber sido guardador de puercos, y mil veces les había llevado lavazas en gamellas. La pronuciaba felicísimamente porque los catalanes llaman sus puercos diciendo: *ce, ce*. La *D* no le costó mayor trabajo, pues que toda la vida había acostumbrado blasfemar el nombre de Dios; y no obstante, hubo que ocurrir á otro medio, cual fué el de hacerle escuchar las campanas cuando sue-

nan: *din, don*. La quinta, que es la E, le fué representada á Gandull bajo la semejanza de un arco tirante sobre el cual está colocada la flecha. La aprendió á pronunciar, siendo ya clérigo tonsurado, cantando *kirie*, por cuanto los tales repiten mucho aquella E. Hartos trabajos le costó la F, por tenerle mucho miedo á esta letra, como que por ella comienza la palabra *forca*, que nosotros llamamos patíbulo, á donde él debía haber subido tantas veces cuantas había forjado moneda falsa. Nunca pudo aprender á pronunciar la G, pues tenía la lengua calamocana, y por esta razón cantaba *Loria in excelsis* y no *Gloria in excelsis*. Ningún cuidado tuvo con la H, en razón de que los poetas, siguiendo el Doctrinal, no hacen caso de ella. Para que conociese la I se le hizo presente el campanario de San Cipote, en cuya cima hay un angel que voltea con el viento; pero la pronunciación se la enseñó un potro que le relinchaba en el oído: *iiii*. La K no la pudo pronunciar, como la G, y dijo que era mejor dejarla para por detrás que para por delante. Aprendió la L por la semejanza que tiene con las hoces con que siegan los prados y con la que suelen poner en manos de la muerte los que la pintan en los libros místicos. Aprendió á pronunciarla oyendo, en los bailes de candil mientras se remeneaba con alguna pelleja, sonar la flauta: *lu lu*. Su pacien-

te magíster le mostró la M en una horquilla de tres dientes de esas con que se recoge el estiércol. En dos horquillas sin mango, puestas en sentido inverso la una contra la otra, se le hizo ver la N. Por poco pára aquí la carrera literaria de Gandull, pues la O por ser redonda le indujo á fabricar moneda á imitación de su rey. . . . En cuanto á lo demás, no dejaba qué desear ni á Dios ni á sus feligreses. Dijo siempre sus misas de un mismo modo y jamás supo hacer el signo de la cruz. *Confiteor y Amén* eran para él una misma palabra, pues antes de comenzar ya pensaba en el fin: no había dicho *In nómine patris* cuando ya estaba en *Ite missa est*. Si algunas veces se detenía en el *Memento* era acordándose del capón que se asaba en la cocina, y con el temor de que el gato hubiera metido la pata en el puchero. Cantaba frecuentemente dos ó más misas en un mismo día, llevándose al soslayo las ofrendas que los devotos habían hecho para los difuntos, sin decir los responsos y sin dar su parte al cura ó al vicario. Vendía todos los cálices de oro ó plata que caían en sus manos, para comprar riñones de ternero que constituían su manjar predilecto. Jamás hizo lavar ó renovar los corporales, ni las servilletas y paños del altar, que estaban roídos de ratones y manchados de vino. Cualquier mantel de bodegón era más limpio que sus mante-

les, y la mesa en que comen arrieros ó soldados, más aseada que su altar. Confesaba por cuatro maravedises á los ladrones, homicidas y falsarios y los absolvía del pecado y de la culpa. En su vida tuvo vieja por ama, diciendo que tales mujeres no hacen sino sazonar los manjares con su babas, y son sordas de las orejas y duras de rabadilla. Siempre tuvo muchachos, y no ajenos, que le respondiesen *ki-rie y ora pro nobis* . . .”

Tal era el digno Fray Gandull, á quien estaba encomendada la suerte de la misión del Caroní, la honorabilidad de la orden franciscana descalza en aquellas tierras, y, por el momento, la francachela de despedida en el convento de Caruache. Por fortuna sus compañeros de prisión se pintaban solos en las artes culinarias, y á falta de mayor libertad y más detenida organización ¿no estaba allí Margute, el negro viejo, esclavo antes de Gandull, prodigio de naturaleza, que crecía y se desporrondingaba como *lignum crucis* en las grandes solemnidades. . . .?

Era este Margute un negrazo descomunal que Fray Gandull había comprado, para el servicio de su paternidad, á un italiano llamado Pulci, que arrimó algún día á la Guayana á vender macarrones y á coger monas. Tenía el tal (Margute no Pulci) el alma atravesada

y la piel ausente de su cuerpo, era de la piel del diablo, y hablaba mas lenguas que los loros del Orinoco. Aunque lo creían bozal, Margute era un dialéctico casuista que no le iba en zaga á ningún capuchino; así es que con los de Caruache solía tener largas discusiones, más intrincadas las unas que las otras, pero todas utilísimas. Además de mil feos vicios que le acompañaban á toda hora (y que Gandull le perdonaba por confraternidad), era el negro libre pensador y epicúreo hasta las cachas. Preguntado un día por Gandull si creía en Jesucristo ó en Mahoma, si era cristiano viejo ó perro sarraceno, respondió con insólito cinismo:

—“Para decir verdad honradamente, yo no creo más en lo negro que en lo azul, pero creo á pié juntillas en el capón asado y en los bollos. Algunas veces llego á creer en la mantequilla, en la cerveza, y, cuando lo tengo, creo también en el vino dulce. Lo que sí arroba mis sentidos en éxtasis celestial y convierte mi libre fe en convicción profunda, es, ante todo, el vino añejo, y tanto es así que opino, y sostengo hasta el fuego (exclusive), que quien crea en él se salvará:

*Ma sopra tutto nel buon vino ho fede,
El credo che sia salvo chi gli crede.”*

Margute, pues, era una alhaja. La noche de la despedida de los capuchinos se sobrepu-

jó á sí mismo, movido de piedad y gratitud: el negro ya era libre, mediante los decretos de los patriotas; ya estaba enrolado en las filas de Piar, y los frailes, sus viejos amos, habían de partir á la mañana siguiente, á ver la Pastora Divina, á donde él jamás iría con las tropas libertadoras ni á deshacer los pasos.

De alquilar balcón para verlo fué el trajín que se armó aquella tarde en el convento y sus alrededores. Los festines con que obsequiaron los peruanos al Libertador, las celebradas bodas de Camacho, el banquete dado por Carlo Magno á sus paladines, que nos describe Quevedo en las *Locuras y necesidades de Orlando*, todo eso se queda muy por debajo del jaleo que Fray Gandull y sus compañeros prepararon en Caruache aquella noche inolvidable. Dispersados en guerrillas por corrales y huertos, no hubo ave que no torciera el pescuezo ni hortaliza que no pasara por agua. Fray Pandolfo, que era el cocinero titulado, se apareció al patio principal con una vaca gorda, novilla, que decía: comedme. Sin quitarle pelo ni cuerno fué metida en el gran asador, y todos los frailes se pusieron á voltearla y caracolearla para que el fuego lento, fuego de herejes, como decía Gandull, la sazonnara á punto. Cuando todo estuvo listo, llamaron á Margute, que había ido en busca de los licores, y á los indios que esperaban su bocado.

El portador del vino los encontró en un rincón de la cocina, al rededor de la vaca asada : eran los veintidós sin faltar uno solo. Bebido el primer apetitoso trago, se abalanzan sin despabilar sobre la vaca. “Cuál (continúa el cronista) tira de una paleta, cuál de un pernil, quién busca el solomo, quién el pecho sustancioso; otro, exquisito en gustos, arranca los ojos con las uñas, y aquél, consumado maestro, después de comerse la carne, carga contra la medula del hueso que golpea en las piedras del fogón. ¿Visteis alguna vez hartarse más suciamente una piara de cerdos en sus vasijas repletas de desperdicios? Margute, al entrar al bello refectorio, es invitado á participar de la difunta. Este, á su turno, da un hueso al indio que le queda más cercano. Ambos á dos juran haber comido en su vida cosa más delicada. Nadie da vagar á las mandíbulas. No se oye otro ruido que el crugir de los huesos y el rechinar de los dientes. De cuando en cuando Fray Pandolfo sopla con sus fauces de rinoceronte sobre las brasas del fogón, en que se cuece una enorme olla de tripas y asadura, que ha de servir de sopa y ayudar al vino contra la sed. Se oye el golpe sordo de los labios que se chocan y se separan como las cabezas de dos cabrones que riñen. El caldo hirviente corre por la barba y por los codos de sus paternidades. Comen apresuradamente pa-

ra cumplir con la Escritura, que así reza. La miserable vaca comienza á desaparecer como por encanto: ya no hay perniles ni solomos. El esqueleto macilento va dejándose ver más á medida que más comen los que lo rodean, y el hambre y la vaca parece que se acaban á un mismo tiempo. Pero nó: todos se arrojan á la olla de tripas, á la gordana y al untado de las hojas: cada lengüetada suena como un cintarazo, cada regüeldo como un trueno. Todos se aflojan los tafanarios y pretinas: sobre cada panza de aquellas hubiera podido pernoctar un ejército. Cansados los dientes, el gahnate traga sin mascar y recibe la tripa sin llenarse. Ya los huesos de la vaca brillaban esparcidos: en vano perros hambrientos hubieran venido á recogerlos: estaban como patenas. Las ollas fueron raspadas con las uñas, los platos con el canto de los hábitos. Así lavan su loza estos buenos frailes, dueños absolutos de las almas necias que siguen su religión hablada, puesto que la que ellos practican es la de esta individualidad Trinidad: El Vientre su Dios, la Comida su Ley, sus Santas Escrituras la Botella. . . . Después de rellenarse de este modo, se levantaron—más cocidos que crudos—á beber y á jugar baraja. Así pasan la vida estos benditos, burlándose á más y mejor de todos aquellos hijos de Adán que se afanan para ganar el cielo y mantener la vida. . . .”

•

Mas ya sonaba la hora de partir. Soublette no podía conciliar el sueño pensando en la suerte de la respetable cofradía y en su inmediato viaje á la Divina Pastora. Por fortuna ya se habían dado todas las órdenes necesarias, y muy distinguidos jefes y oficiales corrían con la cuenta de los capuchinos.

A las cinco de la mañana de aquel día de bureo, una voz imperiosa ya conocida llamó á la puerta del convento. Margute salió á ver qué era.

—Quién va á la guardia?

—El Coronel Jacinto Lara, de orden superior.

—Avance el Coronel, dijo Margute, abriendo de par en par la enmohecida puerta.

El Coronel Lara, seguido de un pelotón de gente armada y con unos pliegos en la mano, penetró en el convento. No sin mucha sorpresa notó al hacer la requisa, que casi todos los frailes estaban acurrucados en la cocina, quiénes roncando como unos órganos, quiénes acusando las diez últimas.

—¿Qué será, preguntó á Margute, que siempre se encuentran frailes en cocinas, y no se encuentran en tan viles lugares ni reyes, ni generales, ni galantes caballeros?

—Eso depende, contestó Margute, de alguna virtud escondida y latente en las marmitas,

asadores y cazuelas, que atrae hacia sí á los frailes, como el imán atrae al hierro, virtud que no empece á los reyes, á los generales ni á los caballeros. O quizá sea esa una inducción ó inclinación adherente á las capuchas y cogullas, la cual empuja y lleva los religiosos á las cocinas, aun cuando no tengan elección ni deliberación de ir á ellas.

—Quiere decir eso, agregó Lara, formas que siguen á la materia, según lo enseña Averroes. Estudia filosofía architomista. . . .*

Penetraron luego á una pieza del convento, en donde se comunicaron acerca del objeto de la visita matinal del Coronel. Este puso ante los ojos de Margute una orden así concebida:

Cuartel General, &ª &ª

Señor Coronel Jacinto Lara.

El Jefe de Estado Mayor general, General Carlos Soublette, me comunica, de orden de S. E. el Libertador, que los veintidós capuchinos actualmente encarcelados en el Convento de Caruache, deben ser enviados inmediatamente á la Divina Pastora, con todas las consideraciones que su santo estado se merece. Queda usted encargado de tan envidiable comisión, pudiendo encomendar usted á otra persona de toda su confianza, según la necesidades del servicio.

Dios guarde á usted,

MANUEL PIAR.

* Rabelais, Pantagruel, Cap. XI, Lib. IV.

—Margute leyó de prisa, y, alzando los ojos al Coronel, en actitud de un mico que ve musarañas, le interrogó con la mirada.

Lara le dijo:

—Margute, yo no estoy para lidiar con estos frailes ni para entenderme con ellos. En momentos en que Morillo con 6000 hombres quiere presentarnos batalla; ahora que la gloria y el honor me llaman al peligro, ¿qué diablos he de hacer arreando á esos monigotes por estos rastros, convertido en fraileSCO maragato? Tú, Margute, que eres baquiano en esta brega, arréalos ahora por fas, ya que ellos tanto tiempo te hicieron sudar el quilo por nefás. Dispón de esa escolta de indios, y lleva, además, algunos de tus hermanos del Guarico, recién libertados, y que te ayudarán con fervor. Pero ya sabes, vivos ó muertos, á la Divina Pastora deben ir. . . .

Los ojos de Margute relumbraron como dos cocuyos, y mil ideas, unas peores que otras, atravesaron los arrabales de su cabeza.

—¿Es cierto, dijo al Coronel, que el Libertador cuando llegó y supo que estos reverendos estaban presos aquí, exclamó con arrebató: *¿por qué no los han matado?*

Lara se sonrió bondadosamente, y respondió:—no me consta el hecho; pero ello es que ese decir ha corrido con mucha insistencia en todo el campamento. Sin embargo, yo no lo

creo, pues harto nos consta el ardiente patriotismo del clero americano, de que son prez estos capuchinos; y el Libertador no ha perdido ocasión de mostrarles su agradecimiento, sobre todo después del terremoto de Caracas. Pero sea de ello lo que fuere, cumple con tu deber.

—Es de lo que se trata, agregó Monzón, el ayudante de Lara: que la Divina Pastora los reciba en su seno antes que dos soles le alumbrén las narices á Fernando VII.

—Mi comisión será cumplida *perinde ac cadaver*, como enseñan los jesuítas, dijo con resolución el teólogo Margute.

Lara y Monzón salieron del convento de Caruache á paso redoblado, no sin echar antes una ojeada á la cocina, en donde cabeceaban aún como molinos de viento los veintidós de la cena.

Margute comunicó á sus compañeros la comisión que le estaba encomendada, y ordenó al tambor de servirse despertar á sus reverencias aunque en la empresa se reventara la caja.

Puestos en pié los capuchinos y notificados de la marcha inmediata, empezaron á querrellarse al buen capitán (en San Félix había ganado el grado Margute), para que les otorgara algunas caballerías en que hacer el viaje, por serles imposible moverse en el ca-

ballo de San Francisco por aquellos andurriales.

Margute repulsó con aspereza aquella extemporánea petición; pero, reflexionando un poco, vino en conceder lo pedido. Ordenó, por tanto, á los indios que salieran á los alrededores del convento por ver qué bestias encontraban y las endilgaran al patio interior. A otros ordenó que buscaran en los zarzos cuantos aparejos hallaran y los previniesen. El mismo se puso á ensillar el famoso rabicano que había pertenecido al prior Gandull, y que piafaba ya en una de las celdas convertidas en pesebreras.

A poco rato fueron entrando, como al arca de Noé, toda clase de animales al patio en que debía ordenarse la caravana. Burras paridas, yeguas estropiadas, matalotes valetudinarios, cuáles sin cola, cuáles sin orejas, daban los buenos días á sus antiguos amos, en el rústico idioma que de ellos habían aprendido. Las necesidades de la guerra habían barrido de buenas cabalgaduras aquellas dehesas, antes oprimidas al peso de bucéfalos relinchadores. Al ver la manada de inválidos que les destinaba Margute en aquel trance, no pudieron menos de abochornarse los antiguos gobernadores del Caroní. El más gordo de ellos, Fray Guñapo, que gozaba de las comodidades que dos hernias siendo diligentes pueden propor-

cionar á un buen sujeto, hubo de soltar dos lágrimas como dos almireces cuando le ordenaron que enjalmara la burra en que solían cargar los huevos de las primicias. Pero no había escapatoria; y aunque Guiñapo jamás pudo barruntar en dónde tenía las narices, sí era moralista capaz de explicarse el viejo refrán de su tierra: contra pujos no hay valor.

Pronto estuvieron enjaezadas como unos palafrenes ocho burras con angarillas, un caballuco con un sudadero y un fuste, dos mulas mancas con ídem, ídem, un buey tuerto y flaco con otras angarillas, y un muleto quebrado con un costal tendido sobre el lomo: total, montura para veintidós personas en diferentes posiciones.

Margute hizo arrimar las burras de las angarillas á los poyos de la cocina, y dijo con voz de chirimía: “Vamos, podagras! divídanse como puedan, pero vengan los menos pesados á las angarillas y cojan el caballuco, el muleto y las mulas los otros. ¡Arriba! arriba! que se hace tarde...”

Como reos que marchan al patíbulo ó como cura de pueblo que va á confesar á campesino pobre, es decir, de muy mala guisa, se zampuzaron los unos en las arguenas y se acomodaron los otros en sus fustes. En esta vez les sirvieron los hábitos como nunca, pues sin

temor al qué dirán los doblaron blandamente para resguardo de las posaderas.

Media hora después aquella grotesca farándula se intrincaba por los senderos que conducen á la Divina Pastora. Contar las aventuras ridículas de aquel día sería cosa de nunca acabar. Baste saber que las mulas y el muleto, á pesar de sus gomas y mataduras, no pudiendo contemplar con impavidez aquel aparato fantasmagórico, dieron en la flor de corcovear y espantarse, haciendo echar la nata á sus paternidades en cada matorral. Las burras se adelantaban al buey y se echaban con estrépito en los hormigueros que bordaban el camino. El caballuco, acordándose de que por ser un rezago inútil no había perdido su integridad y entereza, atacaba á las burras con los más bruscos y desmañados cariños que presenciaron jamás franciscanos descalzos. El buey, punzado á cada paso con las bayonetas de los indios, daba cabezadas de ciego contra las angarillas, y golpes con la cola contra cosas blandas que no eran sus lomos. Margute y los indios renegaban si Dios tenía que, y mataban la murria echándole aguardiente al estómago con una gana monacal.

Por fin, á las cuatro de la tarde llegaron con vida á una posada equidistante de Carua-che y la Divina Pastora. Echaron pié á tierra los que pudieron, y fueron desenzurrados

los demás. Lástima les dió á los compasivos circunstantes ver salir de entre aquellos embudos bocarriba á los honorables dominadores de la que fué ostentosa misión del Caroní.

Allí, para cerciorarse de que ninguno faltaba, llamó lista Margute. Allí resonaron por última vez los hermosos nombres de: Asafétida, Bragazas, Carnestolendas, Damajuana, Estampasillas, Frescachón, Gandull, Guiñapo, Hipomanes, Intestino, Jaranero, Licencioso, Megaterio, Necuácua, Obstáculo, Pandolfo, Quiebraollas, Rapavelas, Saltatrás, Tiquemique, Turuleque y Zampatortas.

Margute quiso hacerlos entrar á la sala, pero ellos prefirieron la cocina, por lo que ya se sabe, y alegando, además, que les urgía untarse un poco de gordana por donde amargan los pepinos.... En todo convino el Capitán, á quien los ojuelos de la patrona le hicieron comprender que los frailes dentro eran mala compañía. Todos merendaron de lo que hubo á la mano, y á las ocho de la noche el ruido monótono de ranas en ciénaga que hacían los franciscanos descalzos rezando unas letanías, acompañaba el sueño de Margute y de su gente....

No ha de faltar nunca una perfida Dálila en donde menos se piensa. Los dengues de la patrona con Margute eran el cebo que había

de hacer caer en el anzuelo al vigilante Capitán y á los frailes también. Esa mujer, que había sido penitenta del P. Guiñapo, resolvió poner las artes de su fanatismo en pro de los confesores de la comarca y hacerlos escapar de cualquier modo. Y diciendo y haciendo: á la media noche aquella megera había logrado levantar sus fardos, ágiles yá como peonzas al ver de cerca y fiada á sus piernas su libertad. Por el corral de los marranos tomaron las de villadiego con sigilo incomparable

¡Id con Dios, dignos representantes de la civilización cristiana en el Nuevo Mundo; que la noche os envuelva en sus tinieblas, que se allanen á vuestro paso los barrancos, y que la Virgen de Chiquinquirá (que ya estaba inventada) os encubra en su divino manto!

No formó los mismos piadosos votos que nosotros Margute al despertar. A las cinco de la mañana todo era batahola en aquella posada. Descubierta la fuga de los misioneros, la ira se apoderó de todos con creciente frenesí. Sin mas demora que la precisa para tomar una provisión de aguardiante y tasajo, se desparramó la escolta, como una trailla de sabuesos, por aquellos llanos, en que angostos senderos, que se cruzaban en todas direcciones, extraviaban al viajero en sus interminables zigzags. Empero, Margute confiaba en la infi-

nita pericia de los indios para cacerías de aquella especie, y sabía, además, que el filial amor que profesaban á los capuchinos perdidos les ayudaría á desenterrarlos de aquellos atolladeros.

Mediodía quemaba con su insoportable calor los llanos que cercan á la Divina Pastora, cuando el negro Chiriguaco dió con los reverendos, que dormían la siesta en un oasis de copudos árboles. Voló el negro, sin despertar á los nuevos apóstoles, á comunicar la noticia al Capitán, que esperaba impaciente en la posada. Al saber éste el hallazgo, hizo llamar á todos sus compañeros y siguió los pasos de Chiriguaco.

El aguardiente había producido sus efectos en Margute y compañía, que veían sangre y exterminio al través de la conducta páfida de los frailes. Llegados al lugar en que yacían los prófugos, no pudieron menos que reirse al contemplar las posiciones y cataduras de aquéllos. Un grito horrible de Margute los arrancó de su letargo; el espanto palideció en sus mofletes, y las exclamaciones resonaron. Margute, implacable, les dijo á voz en cuello: “Ah, frailes bellacos! ¿es este el modo de corresponder á los cuidados con que os hemos distinguido, á la confianza que en vosotros depositamos, dejándoos dormir en la cocina sólo para que satisficiérais la mala inclinación que

tenéis de manchar los hábitos con ollín? ¿Pensábais escaparos á seguir vida nómada de catequistas, sonsacando infelices con vuestras marañas, dejándonos sujetos á las consecuencias de vuestra fuga, que nos hubiera costado la cabeza? Yo voy á enseñaros, bellacos redomados, cómo se catequiza la mala gente, cómo se limpia la tierra americana de verdaderos salvajes, cómo se llega sin andar á la Divina Pastora. Poneos de rodillas, y rezad el *confiteor*, que de morir tenéis, zancajos de la muerte!!... Y vosotros, fieles soldados de la Independencia, poned á un lado los fusiles, que las piedras de chispa están escasas y la pólvora no se halla y el plomo es reliquia; mano á los machetes afilados, y como partiendo calabazas. Acordaos que estos felones han querido poner nuestras cabezas en peligro, que han sido nuestros tiranos exactores, que nos despojaron de nuestras tierras y bienes naturales y llegaron hasta hacernos la vida aborrecible, intolerable la luz del sol; que se adueñaron de nuestras mujeres y de nosotros mismos ¡qué horror! en nombre de un Dios de paz que no engendra sino desolación y muerte; acordaos de la causa de la América libre que estamos defendiendo palmo á palmo, batalla tras batalla, reivindicando nuestros derechos; purgad la tierra de estos sicarios, y el Dios de vuestros abuelos... se morirá tranquilo!... ¡Que

la Divina Pastora los reciba en sus brazos! . . .
Una! . . . dos! . . .! y tres! . . .!”

“Dijo; y entre pentágonos y cercos
Murmuró invocaciones y conjuros,
Con la misma tonada que los puercos
Sofaldan cieno en muladares duros.”

El tajanté machete de los indios cumplió
su deber con una horripilante exactitud,

“Ni demonios que van con espigones
Huyendo de reliquias conjurados;
Ni en la sopa revueltos los bribones;
Ni cañones de bronce disparados;
Ni pleito en procesión por los pendones;
Ni pelamesa de los mal casados;
Ni gallegos en bulla; ni calderas
En choque de vasares y espeteras,

“Se pueden comparar con el estruendo
Que resonó del choque y cuchilladas,
De que los capuchinos van muriendo
A puro torniscón de las espadas.
Las armas con el sol están ardiendo
Y arrojando centellas fulminadas . . .”

— Pobres misioneros!!

“Los majan, los machacan, los martillan,
Los acriban, los punzan y los sajan,
Los desmigajan, muelen y acribillan,
Los despizcan, los hunden y los rajan,
Los carduzan, abruman y los trillan,
Los hienden, y los parten y desgajan....(1)”

Pobres misioneros! Cuando ya quedaron
de no poderlos recoger ni con papel secante,

[1] Queyedo, *Orlando Canto II.*

según la expresión de un contemporáneo (1), Margute y sus compañeros tornaron á la posada á descansar de la refriega de aquel día y á prepararse para volver al campamento á dar cuenta de su cometido.

Mientras un fraile ciego se persigna se pusieron los de la comitiva al habla con el Coronel Lara en el campamento. Con todos los pormenores indispensables contó el negro al Coronel el fin trágico de los franciscanos descalzos. Lara no pudo menos que encomiar la conducta del fiel soldado y elocuente orador; pues al imponerse del discurso de Margute á los suyos, él mismo se sintió con ganas de encontrar un fraile á mano para “hacerle cerner el credo”, que era su expresión habitual. Sin embargo Lara y Margute no las tenían todas consigo, pues entre las muchas cosas que sabían, no ignoraban que los jefes superiores se impondrían con gusto de la tragi-comedia de los capuchinos, pero que no perderían la ocasión de echar dos párrafos de moral en improbación de aquel escándalo, &.^a, &.^a La repri-menda inminente era para Margute una parodiada aplicación del viejo proverbio lombardo:

“Passato el periculo, gabbato il santo.”

Y así fué. Apenas Bolívar supo el fracaso de los misioneros, olvidó aquello de *¿por qué*

(1) W. Arango (Aranguito).

no los han matado? (*) que dijo al llegar al campamento, y escribió un oficio á Piar en que le ordenaba la averiguación de los hechos y el castigo de los delincuentes. Piar, aunque rezongó un poco cuando supo el acaecimiento de los catalanes, no creyó justo castigar ni á Lara ni á Margute ni á nadie. Creyó él que era nimia alharaca dar importancia á tan minúsculo suceso en una guerra á muerte en que cada día morían centenares de americanos y españoles, miembros útiles de la sociedad, padres de familias, sabios, viejos y niños. Así se lo respondió á Bolívar, recordándole de paso los 888 de Caracas y los 300 que él mismo acababa de despachar en San Félix. De la conducta de los Boves, Morillos y Antoñanzas tampoco se olvidó Piar. Pero lo que á él más le mortificaba eran los melindres de Bolívar . . . y de muchos otros que luégo han escrito historias para achacarle la capuchinada. Así es que el vencedor de San Félix se hubiera dado al diablo—si Bolívar le deja vida—leyendo, en 1829, una defensa que hizo del Libertador el señor Obispo de Popayán don Salvador Jiménez. En la tal defensa, el bueno del Obispo echa el muerto de los veintidós muertos sobre Piar, Lara y otros, sin mas datos que ser Bolívar omnímodo Dictador y dador de mitras, y estar los otros muertos ó ausentes.

(*) Díaz, Montenegro y Baralt.

¿Qué podía saber el bueno de don Jiménez de ese hecho? ¿Qué documento exhibió para exculpar á Bolívar? Bien dicen que los obispos hacen cosas como de gente que tenga cola. El historiador Restrepo, que no era obispo ni sacristán, dice que lo de los franciscanos descalzos del Caroní “fué una desgracia para Bolívar.” ¿Desgracia por qué? A Dios gracias los documentos de que nosotros hemos usado en esta leyenda nos han servido para decir la verdad y toda la verdad. La fuga inconsulta y arriesgada de las veintidós barbas, el ímpetu vengativo de Margute y los indios y negros del Caroní y Guarico, y más que todo “las circunstancias” fueron causa de la catástrofe de los enviados á la Divina Pastora. El mismo Margute así lo decía, y jamás sintió pena de consideración por las pequeñas “incorrecciones” de la grande obra de la emancipación americana. En 1830 estaba en París, en el Jardín de Plantas, viendo los patatuses y monerías de sus antepasados, encerrados allí en grandes jaulas para diversión de los papamecas, cuando llegó el General Santander—como él proscrito por liberal—y le mostró el folleto del Obispo Jiménez sobre lo de Caroní. Margute no pudo menos que reirse de la sandez episcopal, y aun manifestó á su interlocutor que al Obispo de Popayán lo debían llevar á una jaula de aquéllas. Luégo, quedándose

fijo en un orangután que hacía mil cabriolas poniéndose unos calzoncillos, se le ocurrió que ese era el autor del folleto que tenía en las manos, y empezó á reirse estrepitosamente..... y la risa seguía con mayor fuerza hasta llamar la atención del gran concurso que había frente á la jaula; y vuelta á la risa, y la risa y la risa, y los circunstantes empezaron en fin á reirse también y á decir: *c' est drôle, c' est drôle, . . .* y Margute, ya casi ahogado por la risa, repetía: *c' est drôle, c' est drôle, . . .* y cayó al suelo, reventando en medio del concurso, como reventaron los náufragos del *Don Juan* que se comieron á Fray Pedrillo. . . .

SALVAMENTO

Decía D. Julio Arboleda que las mentiras impresas eran las únicas que podían salvarse. Para contribuir á sacar verdadero al famoso autor de las célebres cartas de *El Misóforo* contra los PP. Jesuítas, salvamos aquí las que se han deslizado en este escrito:

1ª Las espeluznantes *S. I.* de la página 6ª, son las espeluznantes *S. J.* (*Societate Jesus*);

2ª Después de la *evolución vital* de que se habla al final de la misma página, agréguese este paréntesis: (Dios me entiende);

3ª La *libre fe* de Margute, que se halla á la página 22, es *tibia fe*.

Los demás gazapos con que tropiece el lector inteligente, que los salve sin vacilar, que esta salvación no le cuesta ni humillaciones ni dinero....

BIBLIOTECA
Universidad EAFIT



100065298

FAES

SALA DE PATRIMONIO
DOCUMENTAL

Centro Cultural Biblioteca
Luis Echavarría Villegas

UNIVERSIDAD

EAFIT



Sala de Patrimonio Documental

UNIVERSIDAD

EAFIT®

Sala de Patrimonio Documental